
El enigma biográfico de don Juan de Miramontes, y Zuazola, poeta antártico

Don Juan de Miramontes y Zuázola es uno de los personajes de la primitiva literatura peruana que más se han resistido a las indagaciones biográficas de los críticos. Su nombre eufónico y con cierta agreste sugerencia, despertaba una curiosidad semejante a las de sus anónimas y misteriosas contemporáneas, la sabihonda autora del *Discurso en loor de la Poesía* y la ingenua y recatada corresponsal poética de Lope que todavía se arrebujaba bajo el misterioso embozo de *Amarilis*. Luis Alberto Sánchez, en su *Literatura Peruana*, ante esta falta absoluta de datos precisos y documentales sobre el fino rimador del siglo XVII, llegó a sugerir la idea de que no se tratase en realidad de un patronímico familiar sino acaso del seudónimo de algún escritor famoso y avezado de la época. Por la semejanza de alguno de los personajes del poema de Miramontes con alguna de las leyendas que trae Cabello Balboa, y que anticipan en parte la fábula de Ollanta, sugirió la posibilidad de que Miramontes y el autor de la *Miscelánea Austral* fuesen un solo personaje histórico y literario.

La curiosidad por conocer la vida de don Juan de Miramontes y Zuázola es explicable. Miramontes es el autor de uno de los mayores poemas épicos escritos en la época colonial en

el Perú y también, posiblemente, en América. Desde su revelación en la Revista Peruana de 1879 por el erudito peruano don Félix Cipriano Coronel Zegarra, pudo catarse la importancia literaria del poema *Armas Antárticas*, cuyo original en 20 cantos, 1,698 estrofas y 13,608 versos yacía inédito en la Biblioteca Nacional de Madrid. Menéndez y Pelayo le concedió poca importancia en su *Historia de la Poesía Americana*, y aunque afirmó, primero, que era un "infeliz ensayo épico", rectificó en otra parte y dijo que no parecía de los peores de su clase. Más tarde, Riva Agüero y sobre todo Luis Alberto Sánchez y Martín Adán, reivindicaron el valor poético del viejo poema que fué, al fin, editado en Quito, en una tirada de 200 ejemplares, por el erudito ecuatoriano don Jacinto Jijón y Caamaño, en 1921.

Armas Antárticas tiene una especial significación en la literatura peruana colonial. Representa para nosotros lo que para la literatura chilena es *La Araucana* de Ercilla y para la poesía del Río de la Plata *La Argentina*, del arcadiano Barco Centenera. Es el primer poema histórico que trata de abarcar toda la historia peruana del siglo XVI, dentro del molde de los poemas épicos renacentistas y seducido por el modelo reciente y sugestionador de *La Araucana* de Ercilla. El estro poético de Miramontes es, sin duda, inferior al del gran poeta de la guerra del Arauco y carece de la fuerza intuitiva de la nueva nacionalidad, que tuvo aquél, pero Menéndez y Pelayo encuentra que el incógnito poeta del siglo XVII tiene más aliento que el célebre Peralta de la *Lima Fundada*. Es, por lo tanto, el primer poeta épico de nuestra etapa colonial. Miramontes es, en realidad, un versificador a ratos feliz, sobre todo en la expresión de los afectos y de las pasiones suaves y amorosas, y es, sobre todo, el iniciador de una corriente literaria fundamental en la poesía peruana: la leyenda de asunto indígena, o sea la poesía indigenista. Siete de los veinte cantos de *Armas Antárticas*, destinados a cantar las proezas militares de los españoles en el Perú, se aíslan como en un remanso lí-

rico, para describir los amores tiernos y románticos entre Cusi Coillor y Chalcuchima en las regiones idílicas y salvajes de Vilcabamba. La leyenda de Cusi Coillor, también recogida por Cabello Balboa, aunque difiere fundamentalmente de la leyenda posterior reflejada en el drama Ollanta, se emparenta lejanamente con ella por la semejanza de algunos nombres indígenas y por el ambiente de rebeldía unido al escenario bravo de Vilcabamba. Estos méritos bastarían para atraer duramente la atención sobre el poema y sobre su autor.

¿Fue el caballero Miramontes un personaje real o ficticio? Unos documentos hallados en un archivo limeño, me permiten afirmar ahora que don Juan de Miramontes y Zuázola fue un personaje auténtico de registro civil, hombre de carne y hueso, vecino de Lima y gentilhomme de corte que vivió en nuestra ciudad en las postrimerías del siglo XVI y los albores del Seiscientos, en la época que va desde el Virrey Conde del Villar hasta el período elegante del Marqués de Montesclaros. Hubo entre ambos, además de la connivencia poética nominal —Miramontes, Montesclaros— y el donjuanesco apelativo, una coincidencia de gustos señoriles y literarios que llevó al poeta de *Armas Antárticas* a dedicar su obra al Virrey Mecenas y ahora la historia, que es prosa al fin y al cabo, nos descubre que era Capitán de la Compañía de Lanzas y Arcabuces del señor Virrey y que recibía por esto la modesta suma de 400 pesos de plata al año.

EL CICLO ANTÁRTICO

Pero, antes de entrar en el sagrado íntimo, y secularmente resguardado por el polvo de los secretos biográficos del caballero Miramontes, conviene señalar algunas pautas para la ubicación de su personalidad y de su obra. A mediados del siglo XVI, acallado el ruido de los arcabuces de la conquista, se extinguen las crónicas soldadescas, escritas por los autores directos de las hazañas y surge una nueva flora de poemas

históricos derivados del viejo tronco de las epopeyas clásicas y de los poemas épicos italianizantes. El cronista, alejado del tiempo heroico y sin el prestigio personal que proviene de las grandes gestas, cree hallar la originalidad y la aquiescencia del público en la adocenada y pedestre monotonía de sus renglones rimados. Estos poemas de octavas interminables no son en realidad poesía épica sino crónica minuciosa y pueril puesta en verso menesteroso. De la epopeya les falta la inspiración y el impulso anónimo y colectivo y carecen, en cambio, de la naturalidad y precisión de las crónicas. Algunos de estos poemas, como las *Elegías de Varones Ilustres de Indias*, del beneficiado de Tunja, Juan de Castellanos — el más largo de todos los centones rimados de la conquista — fué originalmente una crónica que su autor tuvo la paciencia soporífera de metrificar durante diez años para imitar en la Nueva Granada al autor de la gran epopeya austral.

La Araucana fué en el tiempo, y por su calidad literaria, el modelo de esa vasta prole de poemas narrativos que surgió en América en los siglos XVI y XVII. *La Araucana* pone de moda la musa de los viajes y descubrimientos, las descripciones de batallas entre indios y españoles, la arrogancia selvática de aquellos, los idilios salvajes, las visiones mágicas y profecías de hechos históricos, las convencionales descripciones de tempestades y paisajes, y las ineludibles metáforas mitológicas sobre Marte o Febo. Esto, naturalmente, en la caterva de los imitadores que carecieron del poderoso aliento del cantor de Caupolicán. *La Araucana* dá, pues, origen a esa degenerada familia de poemas americanos de la que Juan María Gutiérrez dijo que no merecía ostentar el blasón épico, sino cruzados sus cuarteles por las barras transversales de la bastardía, según las leyes de la heráldica.

Luis Alberto Sánchez ha hablado, por esto, de un “ciclo araucano”, y considera que, dentro de él, fueron los más felices imitadores de Ercilla el arcediano Barco Centenera, con su poema *La Argentina* (1602), el licenciado Pedro de Oña,

con su *Arauco Domado* (1596), y don Juan de Miramontes, con su poema *Armas Antárticas*. Sánchez extiende la denominación de araucanos a una serie de poemas que, aunque presentan clara huella de la influencia poética de Ercilla y de su técnica épica, no se refieren para nada a la guerra de Arauco, tales como el *Peregrino Indiano*, del mejicano Antonio de Saavedra Guzmán, el poema sobre el descubrimiento del río de la Plata de Barco Centenera, o nuestro cantor de *Armas Antárticas*, obstinado en rimar toda la historia peruana del siglo XVI. En realidad, la denominación de araucano sólo puede aplicarse a aquellos poetas que continuaron explotando el tema mismo de la guerra de Arauco. Entre ellos cabe considerar estrictamente, en primer lugar a Oña y después a Hernando Alvarez con su *Purén Indómito*, a Melchor Xufre del Aguila, con su *Compendio Historial*, a Diego Santisteban Osorio, con su *Cuarta y Quinta Parte de la Araucana* y a Juan de Mendoza, con sus *Guerras de Chile*. Los demás poetas, aunque siguiendo las huellas artísticas de Ercilla, se alejan del tema esencial de éste y buscan asuntos nuevos para su inspiración. El tema más común a estos nuevos rimadores es el de las hazañas de los españoles y sus luchas navales con los corsarios ingleses que por esa época atacaron los dominios hispánicos. Podría hablarse, por esto, por la unidad del tema histórico, que es la esencial característica de un ciclo, y no las formas literarias, de un *ciclo de los piratas* que sucede al ciclo araucano, ciclo que comenzaría con el propio Oña, que alterna los dos temas —araucanos y corsarios— y que, a través de Barco Centenera y Miramontes, se prolonga hasta Peralta y el Conde de la Granja, Drake, Cavendish, Hawkins, Oxnam, los corsarios “cismáticos ingleses”, que vienen a perturbar la siesta colonial de España son los héroes paradójicos de estos poemas, escritos para ensalzar el honor español como antes lo había sido también la Araucana exaltando más a los caudillos bárbaros del Arauco, Lautaro, Caupolicán o Tucapel, que a los capitanes españoles. La musa erudita de los rimadores ultrama-

rinos no alcanza a sentir el hálito épico ante las flacas hazañas de virreyes y almirantes sin bajeles del desprevenido virreinato austral y se prenda, al fin y al cabo, de la osadía y la intrepidez de sus enemigos. Miramontes ensalza a Drake y a Cavendish con elogios fervidos:

Era Francisco Drake audaz, valiente

.....

Grato, discreto, afable, continente,

sufrido, vigilante, receloso,

de ánimo y pensamiento levantado,

gran marinero y singular soldado.

En el entusiasmo por Drake coinciden Ercilla, Oña y Barco Centenera, Miramontes llega a decir: "que temblaba el mar de sus banderas" y alaba su caballerosidad y gentileza para las damas, su risueño semblante y su hablar suave, su noble estilo y cortesanos modos. Pero su hidalguía no excluye la arrogancia española:

para el valor de una española espada".

"que toda Inglaterra, es poca, es nada

Otra nota dominante de los poetas de este ciclo es su ardor antiluterano, que se desata en invectivas contra Lutero, Calvino, Enrique VIII y la "depravada reina Isabel". Abundan las diatribas contra ellos en los poemas de Centenera, Miramontes y Hojeda. El fraile de *La Cristiada*, sobre todo, se encorajina contra la reina virgen y herética:

Una mujer de incesto abominable

y cismática sangre concebida

del reino de Bretaña miserable

oprime y con rigor la fé creída.

Miramontes, no obstante la benevolencia de su carácter y su respeto por los enemigos, lanza también contra Enrique VIII este apóstrofe violento:

Ved lo que causa un Rey apasionado,
lascivo, contumaz, irresoluto:
la herética eizaña que ha sembrado
dónde es guerra, furor y muerte el fruto;
Un Reino que, de Santos ilustrado,
págaba a Dios católico tributo,
sin luz, en las tinieblas de horror ciego,
le abrasó Enrique Octavo en vivo fuego!

Los poetas españoles consideran a Lutero como ministro de Lucifer en Alemania, y exaltan la labor de las armas españolas al no permitir que entre el lobo de la Reforma en sus apriscos de Indias por medio de sus

...cismáticos contrarios,
pervertidos ingleses y corsarios.

Las preocupaciones, los amores y los odios de estos poetas son, pues, diversos de los del cielo araucano. Hay en todos ellos una menor aspereza, una condición más apacible y un amor más pronunciado por la vida civil. Miramontes hace elogios continuos de la paz, condena la discordia, pero aconseja no dejar las armas que se cubran de rojo orin, porque ellos son necesarios para defenderse del extranjero y sus cismáticas banderas:

Porque afemina el corazón valiente
el torpe inútil ocio y la pereza
inclinada al sabor del muelle vicio
y dá fuerza el valor y el ejercicio.

Hay, sin embargo, en *Armas Antárticas* un reproche velado al abandono de las armas y de las costumbres militares de los españoles de la Colonia e incitaciones a volver a las viriles costumbres antiguas siguiendo los ejemplos clásicos, como el del Senado romano que dominó al mundo “en tanto que observó marcial milicia”.

Por último, hay una palabra que podría ser la expresiva de la época y que está en boca de todos los poetas y en los títulos de casi todas sus obras. El vocablo de moda es el adjetivo “antártico”, que equivale, para el concepto de la época al continente sudamericano. Diego Mejía de Fernández Gil escribe por esta época su *Parnaso Antártico*. La Academia limeña que reúne a los poetas elogiados por Cervantes es llamada la *Academia Antártica*. Cabello Balboa denomina a su crónica llena de leyendas y de fábulas, la *Miscelánea Antártica*, y cuando Juan de Miramontes se decide a nombrar su poema le llama sonoramente *Armas Antárticas*, que corresponde, en buena cuenta a Armas Peruanas, Antártico y Peruano son sinónimos; el Perú era entonces todo el continente antártico desde Panamá a Magallanes. Miramontes lo dice fogosamente en su canto XI:

“Cuando este Perú antártico famoso...”

Inspirándonos en la fraseología de la época, podríamos llamar al período que desde el Perú presiden en la lírica Hojeda y Miramontes, en el derecho Solórzano y Pinelo, y en la política Montesclaros y Esquilache, el *Ciclo Antártico*, que es como decir el Ciclo Peruano.

VIDA POÉTICA Y REAL DE MIRAMONTES

De los propios datos consignados por el poeta en sus versos habían deducido los críticos una dudosa y conjetural biografía. Se presumía que era español, que había viajado por el

Perú, que había estado en Huánuco y había conocido el Marañón. Era también seguro que siguió la carrera de las armas (“quel hábito que sigo de soldado”) y que combatió en contra del pirata Cavendish. Alguna nota breve y pasajera denunciaba algún contraste amoroso, y la cronología del poema revelaba haber sido escrito antes de 1614.

Los documentos que atestiguan la existencia real de Miramontes se hallan en el recientemente organizado Archivo de Hacienda, donde me ha sido dado encontrarlos. Es, principalmente, una provisión del Virrey don Luis de Velasco, expedida en Lima el 10 de junio de 1604, en que se concede la plaza de gentilhombre en la compañía de Lanzas y Arcabuces del Virrey a Miramontes y se hace memoria de los servicios que ha prestado y además algunas anotaciones en los libros de Carga y data del Virreinato por esos mismos años.

El caballero don Juan de Miramontes hizo sus primeras armas en Tierra Firme actuando como gentilhombre en los galeones a cargo del general Alvaro Flores de Quiñones, quien fué en busca de Drake, que había tomado Cartagena. Fué enseguida alférez del capitán Diego de Frías en el presidio de Panamá, cuando entró en este mar Recharte Aquines, “inglés corsario en cuya busca fué en la armada del general Cristóbal de Mendoza, que le siguió hasta el puerto de Acapulco”. Frente a los ingleses y a los grandes corsarios Drake y Hawkins, hace sus primeras armas el futuro poeta antiluterano.

Miramontes debió venir al Perú hacia 1586 en la armada del General Miguel Angel Filipón y en tiempo del Virrey Conde del Villar Don Pardo. El magnate limeño debió preveer generosamente al gentilhombre antártico recién llegado, porque éste le elogia con frases encendidas en varias partes de su poema. Cuando Curi Coillor es llevada a la sala mágica del Palacio de Vilcabamba y ve en una sala encantada, a semejanza de la cueva de Fitón de *La Araucana*, las estatuas de los futuros Virreyes del Perú, y escucha de boca de su profético

guía, los hechos y hazañas de tales gobernantes, el elogio más sincero y encendido es seguramente para el conde del Villar:

“Don Fernando de Torres, religioso,
 pío, caritativo, limosnero,
 pródigo, vigilante, receloso,
 diestro, valiente y plático guerrero,
 premiador de virtudes generoso,
 disipador de vicios justiciero,
 benévolo a soldados, caballeros,
 y sordo a aduladores lisonjeros”.

El elogio se repite aún más entusiasta en el Canto XIX, cuando se anuncia la llegada del pirata Cavendish, en que el poeta elogia la prudencia y madurez de entendimiento del Virrey, la nobleza de su estirpe hispana y portuguesa, el valor de su hijo don Gerónimo y prorrumpo en esta invocación:

“¡Oh, generoso, pío, padre, amparo,
 del que profesa el bélico ejercicio,
 premiador de virtud, ejemplo raro,
 de nuestra religión, severo al vicio,
 limosnero magnánimo, preclaro,
 en todo lo importante al real servicio,
 diestro restaurador de la milicia,
 fuente de discreción, luz de justicia!”.

En la misma época del Conde del Villar, Miramontes se alistó como alférez en las fuerzas que este Virrey envió a Tierra Firme al mando del general Miguel Angel, y al año siguiente —dice la provisión del Virrey Velasco— fué “por alférez real del general Pedro de Arana y de una armada que con nueva de corsarios despachó a correr la costa hasta el puerto de Arica”. Miramontes debió vivir esos días con juvenil entusiasmo, y éste se traduce en la descripción animosa

que hace de los preparativos militares del Virreinato, de la gallardía de los jinetes y la vistosidad de los arreos militares. Sus descripciones sobre el atuendo y la prestancia de los caballeros limeños que se preparan a luchar contra el inglés en la época de Toledo o de los que acompañan a Pedro de Ortega a Panamá o se aprestan a defender Arica, revelan no sólo su generosidad de espíritu, su entusiasmo por las armas sino también sus dotes de poeta descriptivo y cortesano. He aquí como describe, entre otros muchos retratos, a su viejo capitán Pedro de Arana.

“Y tú, mi general, Pedro de Arana,
venerable, sagaz, prudente viejo,
que imitas en edad nevada y cana
a Marte en brío, a Néstor en consejo,
en yegua velocísima, lozana,
que parece una tigre en el pellejo,
armado sales a ordenar el campo
como en esta ocasión maestro de campo”.

Al lado de esta figura podría colocarse, por la movilidad, soltura y gracia, la descripción del general Alonso Picado, otro poeta y soldado, como Miramontes, a quien describe en esta forma:

“Saca Alonso Picado, en la celada
de plata con figuras de oro fino,
la historia primamente entretallada
del animoso pueblo numantino,
con el talón batiéndole la hijada,
a su hollador trepado celendino
que, inquieto, a son de tropas y atambores
hace temblar las plumas de colores”.

Iguales generosos elogios tributa a sus capitanes Miguel Angel Filipón y al fuerte y discreto Rodrigo Campusano, a

sus amigos y compañeros que se distinguen en el alarde o en la batalla enseñando en sus motes y colores "aqueste guerra, aquél amores", y desfilan arrogantes, mereciendo el honor de una octava cincelada, ya el ardiente mozo Josef de Agüero, cuya yegua jerezana "atrás en la carrera al viento deja", Luis de Toledo, "el pecho juvenil y el rostro cano", Pedro de Córdoba en su rucio hollador, Pedro de Zárate en su fuerte caballo overo, junto al cual "el viento es tardo", Pedro de Mercado Peñaloza, Juan de Avalos, de leonado y amarillo, Diego de Mora, que en el alma y en el brazo lleva el retrato de su dama, Juan Bayón de Campomanes, que en la batalla parece un marte tinto en sangre fiera, o Lorenzo de Heredia, "que en el rostro parece al rubio Febo", y Garcibarba, Diego Carbajal, en su fuerte y veloz castaño oscuro, Jerónimo de Guevara o Pedro Santillán, que pasan galopando en sus potros ligeros mientras "retiñe el añafil, retumba el parche, batido de los diestros atambores.

Miramontes continuó sirviendo en su oficio militar durante las épocas de los virreyes García Hurtado de Mendoza y Luis de Velasco. Se le descubre oficial cumplido y disciplinado, pero que no alcanza las altas jerarquías. En la guerra, como en las letras, se mantiene a un mismo nivel de discreción. En la época del segundo marqués de Cañete es enviado como miembro de la compañía de Lanzas y Arcabuces a custodiar el presidio de Arica, "por aver nueva de corsarios", a órdenes del maestro de campo Rodrigo Campusano, el cual le nombró sargento mayor del presidio y gente del puerto. En múltiples octavas de su poema, ha recordado Miramontes las hazañas de Campusano en Panamá, su bravura matando escoceses y su prudencia en las deliberaciones cuando el ataque de Draque al Callao.

Agrega la información que Miramontes fué, después, capitán de un navío en la armada de Pedro Solar de Ulloa, que el de Cañete le envió más tarde como alférez real del general Miguel Angel Filipón a Tierra Firme, cuando se supo

la venida de los corsarios holandeses al Pacífico, y que participó también en las armadas del general Juan de Velasco a Pisco, en la del general Gabriel de Castilla y en la del general don Hernando Lamero Andrada a Tierra Firme. Siempre leal con sus jefes, se halla el elogio del capitán Lamero Andrada en la estrofa 624 del poema. Miramontes continuó sirviendo en su plaza de la compañía de lanzas y arcabuces bajo el mando del general don Alonso Picado. En los libros de contabilidad del Virreinato se encuentran las partidas que se le pagaban como soldado del virrey. En los libros subsistentes aparece cobrando su sueldo en la época del conde de Monterrey, quien ordena pagarle 385 pesos el 12 de noviembre de 1605. En 1607 se hallaba aún formando parte de la compañía de lanzas y arcabuces del virrey marqués de Montesclaros. En ese mismo año figura una partida dudosa en que se le ordena entregarle una cantidad para su entierro, quizás entregada a sus parientes. En 1608 no figura ya en las cuentas del palacio virreinal.

Los datos antecedentes se refieren casi exclusivamente a una vida dedicada a la burocracia militar. Nada nos dicen, salvo las notas visibles de la lealtad, la discreción y la hidalguía, de la vida íntima del poeta, de sus amores o de su ambiente familiar. No sabemos su origen, su posición social, acaso humilde, ni de sus vinculaciones personales en el Perú, que acaso descubran más tarde documentos civiles como la partida de bautismo, o el testamento.

No cabe, en este artículo de tendencia biográfica, un examen crítico del poema *Armas Antárticas* que ha sido doctamente analizado y expuesto por Coronel Zegarra y por Sánchez. Bástenos decir que en su vasto plan trata de cantar las proesas militares de los españoles en el Perú, desde Pizarro hasta Montesclaros, las luchas de la conquista, las guerras civi-

les, y luego las inútiles bravatas y disparos de cohetones y mosquetes contra los corsarios ingleses en las costas del Mar del Sur. Miramontes tiene todos los defectos de los rimadores de su clase y de su época. Hace crónica rimada, convencional, erudita y pedestre. Pero intercala en sus narraciones fatigosas de duelos y batallas episodios románticos de amores como el de Curi Coyllor con Chalcuchima, y siente ya la urgencia de incorporar trozos de vida o de historia peruana, o aunque sólo sean nombres indígenas de frutas, plantas y comidas peruanas, que ensanchan su horizonte poético y presienten una nueva forma.

El mérito de Miramontes es principalmente lírico. En las cortas reflexiones morales y expansiones subjetivas que le permite la marcial armadura de su poema, se le descubren tendencias horacianas y virgilianas, y en algunos versos y giros hasta cercanas anunciaciones del lenguaje de Fray Luis. Aunque, siguiendo el reciente ejemplo de Ercilla, acierta en la descripción de batallas resonantes y sangrientas y en la de tempestades, su nota propia y más sincera aparece en la expresión de los afectos íntimos y las escenas de ternura, como cuando describe los amores idílicos de Chalcuchima y Curi Coyllor, la declaración romántica de éste a la imagen de la amada reflejada en la fuente y en versos como este:

“amor en su niñez andaba entre ellos
como travieso niño trabajando
los tiernos pechos y los ojos bellos”.

Recogiendo las mejores esencias líricas de la poesía castellana, Miramontes descuella también en la reflexión filosófica y moral, con ese dejo de nostalgia y melancolía, de desapehensión de lo humano y terreno y de contemplación de lo eterno que culminaron en las coplas de Jorge Manrique.

El mismo desdén por las vanidades y las pompas se descubre en versos como éstos:

“La soberbia ambición, desordenada,
al precipicio lleva de la vida,
qué es máquina en el viento fabricada
y en columnas de vidrio sostenida”.

Y en esta otra forma desengañada:

“Lo que era alteza ayer, ya es vana sombra
lo que hoy es majestad, mañana es viento”.

La clara y límpida forma de estos versos que se emparentan con el sencillo lirismo de los versos de Amarilis, empieza a sentir en algunos momentos la atracción de los artificiosos juegos culteranos de palabras y retruécanos como éste, cuando relata la prisión de una doncella por un corsario inglés que se enamora de ella y dice así:

“lleva a su nave la preciosa presa
quien de su presa presa el alma lleva
triunfando va la presa de la empresa”.

Poeta castellano auténtico, por sus sentimientos y sus influencias, Miramontes no logró escribir, sin embargo, un poema del vuelo y de la novedad de *La Araucana*. *Armas Antárticas* no alcanza, dentro de nuestras letras, la trascendencia que el canto de Ercilla encierra para el alma chilena. No hinea en la tierra ni recoge todas las esencias telúricas con el profundo amor, el asombro admirativo y la intuición del destino histórico del pueblo aborigen que recogió con instinto visionario el bardo del indómito Arauco. No supo reflejar la honda significación de las luchas de la Conquista ni aquilatar el duelo espiritual entre las dos razas, concediendo mayor im-

portancia a las episódicas alharacas de los piratas que al hondo drama de la colonización, y no sintió sino superficialmente, sin ahondar en amor y en conocimiento, la grandeza del Imperio Incaico que no aparece sino convencionalmente en las estrofas de *Armas Antárticas*.

Sin llegar a ser un gran poeta épico, Miramontes es un discreto señor de nuestra poesía seiscentista, un antecesor afa-ble de nuestra espiritualidad y el primer cultivador de una poesía inspirada en nuestras esencias patrias. Sin grandes bríos, pero con una medida cordial y una generosa disposición para la simpatía y la comprensión, él recoge y transmite en sus dones de humanidad y de tolerancia los mejores legados de su raza y de su tiempo. Su hidalguía para el enemigo, su culto galante de la mujer, lo definen como un representante de los ideales caballerescos de la España de su época. El es y será en nuestra literatura el Caballero Miramontes. “No en vano —dice Luis Alberto Sánchez— había nacido en la España, toda nobleza y toda lealtad, del siglo XVI”. Tales prendas de discreción encajan bien en el ambiente peruano, donde el desbordamiento y la hinchazón provocan siempre el fino correctivo de la ironía y en el que, desde el Inca Garcilaso, ejemplo de tímidos y de discretos, la flor más alta y el máspreciado quilate de nuestra espiritualidad fué siempre ese don que adorna ya como una nota expresiva de peruanismo al poeta de nuestro apogeo antártico: la cortesía, don de Incas y de españoles.

Raúl Porras Barrenechea.
